

## ENTRE LOS MIOS

A Joaquín N. Aramburu.

I

Es la vida más pródiga en dulzuras  
aquélla que transcurre en la provincia,  
viendo la cima del vecino monte,  
viendo la cruz de la cercana ermita.

Si extendiendo aquí mi diestra, surgen otras  
para estrechar con avidez la mía;  
su inefable fragancia me transmiten  
y su tibio calor me comunican.

Con los ojos vendados, por las calles  
de su pueblo natal, ¿quién no transita,  
y sabe donde queda el cementerio,  
el hospital, la iglesia y la herrería?

Esos que, cuando cruzan por mi lado,  
con atención benévola me miran...  
¡ésos son mis amigos de la infancia,  
que me siguen queriendo y no me olvidan!.

Suelo aquí tropezar con un anciano,  
de elevada estatura y frente nívea;  
poniéndome sus manos en los hombros,  
mi pasado y el suyo resucita.

Al pasar por delante de un colegio,  
mira un grupo de alegres pensionistas,  
que me nombran al verme, mientras una  
aterciopela con su voz mis rimas.

Los árboles que encuentro en mi camino  
acaso con sus ramas me designan,  
y anhelan protegerme con la sombra  
que sus floridos pabellones brindan.

Aquel pródigo valle es un reflejo  
del Edén terrenal; pues quien lo mira,  
en éxtasis profundo sumergido  
tiene que prosternarse de rodillas.

Y allá lejos el mar, sótano inmenso  
donde moran las pálidas ondinas,  
y sobre el cual las olas encrespadas

pugnan en vano por quedarse arriba...

¡Cuán cerca esos dos ríos! Tal parece  
que nacen ambos de una misma linfa,  
y que son como hermanos que se abrazan  
y subterráneamente se acarician. Aquélla fue mi casa solariega;  
allí murió mi padre.. ¡Todavía  
desde lejos, al verla, me descubro,  
enjugando una lágrima furtiva!

## II

¿Quién tocará ese piano, que a distancia  
parece que se queja y que suspira?  
¿Quién abrió entre las sombras esa puerta  
para que entrase una mujer divina?

Sentado en aquel banco del paseo  
y estrujando en su diestra una misiva,  
¿qué pensará aquel joven, mientras muerde  
su diáfano pañuelo de batista?

¿Quién en esa deidad que desde el coro  
canta una quejumbrosa melodía,  
y al bajar la escalera de la iglesia  
de los curiosos la mirada esquiva?

Debajo del balcón de aquella estancia  
¿quién, es, a media noche, el que publica  
el romántico amor que experimenta  
por una ingrata y desdeñosa niña?

¿Quién será la hermosura misteriosa  
que, a través del cristal de su berlina,  
de iluminar mi porvenir acaba  
con el fúlgido sol de sus pupilas?

De aquellos grandes árboles frondosos  
que parecen echársenos encima,  
¿quién conoce la historia, ni quién sabe  
las parejas de amantes que cobijan?

Apoyada en su báculo, allá viene  
aquella encantadora viejecita:  
la saludo, me mira y me sonrío,  
besando con afán una reliquia.

Aquella nívea cruz que abre sus brazos  
en el sendero aquel, ¿qué significa?

¿Por qué viste de luto aquella virgen,  
y a vivir solitaria se resigna?

¿Por qué del hombre aquel, de ceño adusto,  
hay una cicatriz en la mejilla?  
Cuando la multitud le reconoce,  
¿por qué iracunda y sin piedad le mira?

¿Quién es aquel jinete, que atraviesa  
galopando las calles de la villa,  
al lado de una espléndida amazona,  
que a su alazán magnífico fustiga?  
¡Inútil inquirir! Mas no se espere  
que pronuncie sus nombres, ni que diga  
el cúmulo adorable de secretos  
que para el extranjero son enigmas.

### III

Aquí me encuentro cerca de los míos:  
cerca me encuentro aquí de las cenizas  
de quienes, al morir, amontonaron  
lágrimas y tinieblas en mi vida...

Aquí, de las metrópolis falaces,  
la fiebre colosal no me aniquila,  
y, por la inmensidad de mis quimeras,  
la barca de Ensueño se desliza.

Fanático del verso, me seducen  
este ambiente, estas noches, estos días,  
y esas tardes solemnes, que parecen  
vírgenes que se alejan pensativas.

Y cual monje en su celda, permanezco  
en la vasta quietud de mi provincia,  
ebrio de luz y amor, frente al paisaje  
que Dios ha desplegado ante mi vista.